

René Major*

Un hombre de principios

La presidencia de Horacio Etchegoyen en la Asociación Psicoanalítica Internacional (IPA, por sus siglas en inglés) escribió una página importante de la historia del psicoanálisis. Tal importancia se centra fundamentalmente en el reconocimiento de faltas graves a la ética inherente tanto a la práctica analítica como a su transmisión, en el período que va desde la Segunda Guerra Mundial hasta 1966.

Horacio Etchegoyen fue el primer presidente latinoamericano de IPA. Antes que él, los presidentes fueron alternativamente europeos o norteamericanos. La ironía llevó a que el único latinoamericano indicado para la presidencia de IPA fuera justamente aquel citado en la triste historia de la Sociedade Psicanalítica do Rio de Janeiro.

El presidente de esa asociación en 1973, Leão Cabernite, era analista de Amílcar Lobo, médico que formaba parte de un grupo de tortura durante la dictadura militar. El caso fue denunciado por el diario clandestino de la resistencia *Voz operaria* y divulgado por la revista argentina *Cuestionamos*, dirigida por la valerosa psicoanalista Marie Langer, quien había dejado la Alemania nazi para refugiarse en Buenos Aires. Gracias a esta revista, la información circuló entre los responsables de las diferentes sociedades de psicoanálisis afiliadas a IPA y fue comunicada al presidente de la Confederación Psicoanalítica de América Latina (Copal).

En aquel momento, también se informó al presidente de IPA, el francés Serge Lebovici, pero todos estuvieron de acuerdo en establecer que se trataba de un rumor sin fundamento, considerando a la supuesta persona responsable de ello, Helena Besserman Viana, miembro de la Sociedade Brasileira de Psicanálise do Rio de Janeiro, una calumniadora. De este modo, ella tuvo que enfrentar las peores humillaciones frente a los consejos de las dos sociedades, además de quedar expuesta a la vigilancia de los militares.

La historia es hoy en día conocida por todos los que leyeron el libro de Helena Besserman *No le cuentes a nadie* (1994). En su comienzo, el libro recuerda una noche de otoño de 1993, cuando Helena es invitada por André Green a su casa en París, a una reunión con personalidades de IPA. Aunque Green no había aprobado su libro, le pidió comentarios acerca de una carta del presidente de IPA, Joseph Sandler,

dirigida al presidente de la Sociedade Psicanalítica do Rio, Claudio Campos, informando de ello también al futuro presidente, Horacio Etchegoyen. Dicha carta, resultado de una reunión del Consejo Ejecutivo de IPA, exigía sin ninguna explicación la expulsión de Cabernite de la SPRJ y, por ende, de la IPA. Al día siguiente, Helena recibe una llamada urgente de una colega sudamericana, Haydée Faimberg, exiliada en Francia, miembro del Consejo Ejecutivo de IPA y presente también en la casa de Green, quien le pide que no le cuente eso a nadie.

No era la primera vez que la mayoría de los responsables de IPA deseaban evitar el tema de la tortura. En 1981, organizamos en París un encuentro franco-latinoamericano mientras Argentina vivía en dictadura militar. Miembros de Plataforma (grupo responsable de la revista *Cuestionamos*) estaban allí. Varios eran exiliados, otros ya había sido dados por desaparecidos. Algunos, provenientes de la Sociedade do Rio de Janeiro, se nuclearon en el grupo Pro Ética como disidentes de esta sociedad. Claudio Campos se unió a ellos cuando la Comisión de Ética se negó a nombrar a los responsables del caso. En este encuentro en París se debatió el pedido de la Sociedad Austríaca, la cual solicitó en el Congreso de IPA de 1979, en Nueva York, presidido por Edward Joseph, que IPA tomara partido con respecto a la violación de los derechos humanos en Argentina. De ese pedido, surgió la siguiente declaración: “Así como otras organizaciones internacionales, IPA fue informada acerca de la violación a los derechos humanos que tiene lugar en ciertos lugares geográficos. IPA condena del mismo modo la violación de los derechos humanos de los ciudadanos en general, de los científicos y de nuestros colegas en particular” (referido en Derrida, 1981, pp. 16-20). Nótese que esa declaración, por su abstracción formal, pierde el alcance que podría llegar a tener. Proveniente de una organización internacional legitimada por el pensamiento de Freud, debería fundamentarse también en una reflexión acerca del goce provocado por el sufrimiento infligido al otro. Aun más, la declaración anula el acto de nominación al no citar a Argentina, del mismo modo en que se lo hizo en relación con los responsables de Río.

Por estas consideraciones, me gustaría brindar homenaje a Horacio Etchegoyen, reiterando lo que ya escribí en la versión francesa del libro de Helena. Esa versión contiene una adenda de ochenta páginas que relata los acontecimientos de los años siguientes a la publicación en portugués. Serge Lebovici, considerando tocada su probidad personal y profesional, pensó en pedir junto a la justicia derecho a réplica en por lo menos tres de los diarios en los que Elio Gasparini había publicado una reseña del libro de Helena. Lebovici quería que el libro se retirara en caso de que no se obtuviera una decisión favorable. Pensaba también prohibir cualquier traducción del libro que no tuviera su memorando (el cual envió al presidente Horacio Etchegoyen) y quería que IPA asumiera financieramente el caso. Sin embargo, a pesar de sus pedidos dirigidos a Horacio Etchegoyen, quien sentía por ella gran simpatía y fuerte admiración, Helena Besserman no pudo obtener el memorando de Lebovici. Este se rehusaba a enviárselo.

Hace muchos años me veía regularmente con Helena —hubo entre nosotros, así como con su marido y mi esposa, una larga y excepcional amistad—, y ella estuvo de acuerdo en que yo le pidiera a Lebovici el memorando (una segunda versión) para incluirlo en la edición francesa del libro, que estaba en preparación. Él finalmente aceptó y me envió diez páginas tituladas “Memorando respecto del libro de Elena Bessermann” (nótese los dos errores en el nombre: Helena sin “h” y Bessermann con dos “n”). El memorando continuaba negando la existencia de las cartas que supuestamente él escribiera, y que no habían sido encontradas ni en los archivos de IPA, ni en los suyos. Yo, de todos modos, pude publicarlas puesto que Helena tenía

* Instituto de Altos Estudios en Psicoanálisis.

copias. El memorando acusaba también allí a Helena de injurias que, sin embargo, no se pudieron encontrar ni en la versión en portugués ni en la francesa.

Cabe recordar que, posteriormente, en la SPRJ se creó una Comisión de Ética, que, después de dos años de investigación, generó un documento de 1500 páginas que establecía las diferentes responsabilidades en cuestión. De todos modos, en la asamblea del 13 de diciembre de 1995, ese informe fue rechazado por 57 votos contra 37 a favor y 9 abstenciones. A continuación, 42 miembros presentaron su dimisión para crear el Grupo Pro Ética y la revista *Destacamento*. El 3 de julio de 1996, Horacio Etchegoyen dirigió a los miembros de la Comisión Latinoamericana un largo documento en el cual detallaba todos los eslabones de esta larga historia: desde la recomendación por parte de Ernest Jones de Mark Burke y Werner Kemper –antiguo miembro del Instituto Göring en Alemania bajo el régimen nazi y analista de Cabernite (quien, a su vez, era analista de Lobo)– para que conformaran las dos sociedades psicoanalíticas de Río de Janeiro; hasta los acontecimientos ocurridos durante la dictadura militar en Brasil que implican a diversos miembros de la IPA, a los cuales nombra y cuyas respectivas responsabilidades establece. Horacio Etchegoyen esperaba que el Consejo Ejecutivo de IPA, que se iba a reunir en Londres del 8 al 11 de agosto de 1996, asumiera la responsabilidad que le correspondía a esta institución guía del psicoanálisis. Pero no fue lo que sucedió. El 11 de agosto de 1996, el Consejo Ejecutivo produjo un documento en el que no se nombraba a nadie y que concluía declarando:

1. Que el procedimiento adoptado por la SPRJ (se refiere al voto que en Asamblea General rechazó las conclusiones de la Comisión de Ética) se revela como legalmente correcto.
2. Que la SPRJ debe continuar mejorando su nivel científico, observando siempre los principios de ética que deben ser respetados. Y que, procediendo de ese modo, podrá contar siempre con el apoyo sin reserva de IPA.
3. El Consejo Ejecutivo asegura al grupo Pro Ética que, en el caso en que se decidiera fundar una nueva sociedad para formalizar sus principios psicoanalíticos, esta tendría la asistencia y el apoyo de IPA.

Que el Consejo Ejecutivo de IPA (podemos encontrar su integración en la edición francesa, página 247) pudiera dar su apoyo, tanto al grupo oficial, que aprobó por voto los delitos de “no asistencia y complicidad en la práctica de tortura” (citado en Besserman Vianna, 1997, p. 260), como al grupo Pro Ética, que condenó esa decisión, era absolutamente inaceptable para Helena Bessermann y para mí. El 6 de diciembre le envié a Horacio Etchegoyen una carta de renuncia que fue publicada como carta abierta en la edición francesa. Señalé especialmente en ella que la decisión del Consejo estaba en total contradicción con las convicciones personales del destinatario. De hecho, Horacio Etchegoyen siempre apoyó a Helena y siempre quiso que los responsables involucrados asumieran sus errores. Helena Besserman presentó su renuncia a la Asamblea de los Estados Generales del Psicoanálisis, en París, en julio de 2000.

Me interesa agregar en este homenaje a Horacio Etchegoyen que, aún ya no formando más parte de IPA, fui invitado por él a dar una conferencia en su sociedad, en 1999, cuando preparaba los Estados Generales, los cuales él aprobaba, a diferencia de su sucesor Otto Kernberg. Fuimos recibidos en su casa con mi esposa, y comimos juntos varias veces. Cuando el libro de Helena fue publicado en Francia, dando lugar a un importante encuentro, Horacio Etchegoyen me envió sus deseos de éxito. No se puede decir lo mismo de Lebovici, Widlocher y Green que, aun invitados, no se

presentaron. La presidenta de la Sociedad Psicoanalítica de París, Marilia Eisenstein, quiso recibir a Helena, pero bajo la condición de que ella no hablara de Lebovici y que yo no asistiera, tal como Helena quería. Ella entonces declinó esa invitación. Habíamos pasado del “no le cuente eso a nadie” al “no hable de nadie”. Horacio Etchegoyen siempre rechazó ese doble mandato no analítico. Fue el único miembro del Consejo Ejecutivo que lo rechazó. Esa es la honra del psicoanálisis que él representó, el hombre de principios que ustedes me permiten homenajear.

Referencias

Besserman, H. (1994). *Não conte a ninguém*. Río de Janeiro: Imago.

Besserman Vianna, H. (1997). *Politique de la psychanalyse face à la dictature et à la torture. N'en parlez à personne*. París: L'Harmattan.

Derrida, J. (1981). *Géopsychanalyse and the rest of the world*. En *Géopsychanalyse, les souterrains de l'institution, rencontre franco-latino-américaine*. París: Confrontation.